

Autor: Abilio Ayuso

UNGUNDA

Ilustrador Ronny Bravo



+12

¿Realmente hubo un plan divino para la creación que incluyó la existencia de la humanidad, o estamos aquí por pura casualidad, incluso a contracorriente del deseo de los dioses?.

Hace muchos años, realizamos un viaje turístico por África, nos aventuramos a ir sin más que un billete de avión de ida, otro de vuelta para un mes más tarde, y algunos dólares en el bolsillo.

Paseando por una pequeña ciudad de Kenia, mi esposa encontró un exótico salón de belleza donde por un precio ridículo, unas negritas amabilísimas le ofrecían servicio de peluquería, masaje y mil cosas más, no pudo resistir la tentación y quedamos que volvería a buscarla al cabo de tres horas.

Deambulé entre callejuelas y mercados, saboreando la policromía y el exotismo.

Me hubiera gustado ser un espíritu invisible, en lugar de un hombre blanco tan evidente, para no alterar el entorno con mi tránsito.

Aquel barrio quedaba alejado de las rutas turísticas habituales, así que por donde pasaba era el centro de atención, bien por simple curiosidad, o para ofrecerme mil cosas que no quería comprar o simplemente para pedigueñar.

Pero hay una norma no escrita, que dice, que en estos casos debes abstenerse de dar un céntimo, porque si lo haces, saldrán mendigos hasta debajo de las piedras que ya no te dejarán ni a sol ni sombra.

Algo cansado ya de tanto calor y "oferta" encontré una especie de chiringuito con una agradable terraza sombreada que lindaba con el río. El lugar parecía sencillo pero limpio y la cocina desprendía un olor agradable, así que no me lo pensé dos veces, entré bajo la mirada sonriente del personal y ocupé una mesa junto al río, en el lugar más alejado de la entrada, mis inofensivos perseguidores quedaron frustrados tras la puerta, contenidos por la furibunda mirada del guardián.

Dado que era un cliente del establecimiento, quedaba a salvo de vendedores y mendigos, imaginaba que allí los salarios serían muy económicos, ya que un establecimiento modesto como aquel, se permitía el lujo de tener cocineros, camareros, un jefe y un guarda para alejar a los intrusos, con bastón incluido. Había constatado que, en aquel país, el bastón o equivalente, era el único símbolo de la autoridad realmente respetado.

Me senté relajado contemplando las barcas del río, mientras una amable camarera me traía una carta escrita a mano en varios idiomas, estaba indeciso tratando de adivinar que platos serían más comestibles, cuando percibí una figura humana de elevada estatura, que se había situado silenciosamente frente a mí.

Era un negro de edad avanzada y porte majestuoso, vestido con un extraño atuendo de chaman, realmente exótico pero sin caer en la extravagancia, lo curioso es que ni el propietario del establecimiento ni el guardián, hubieran impedido que se acercara a importunar a un cliente, por lo cual deduje que aquel individuo no se trataba de un mendigo o charlatán cualquiera, sino de alguien especial, sus facciones tampoco correspondían a las del resto de sus congéneres, eran más estilizadas y aristocráticas.

De entrada, me sorprendió su pregunta: "¿Habla usted francés?", ya que, en aquel país se consideraba el inglés como el código universal de comunicación con los turistas, sin embargo yo no entendía ni dos palabras en inglés, mientras que en francés me defendía bastante bien.

Le respondí que si aunque no demasiado bien, sonrió y me dijo: "No importa, el mío tampoco es excelente" y continuó diciendo: "Le propongo un cambio, un trueque".

Pensé que tal vez sería uno de esos oportunistas que buscaban incautos para cambiar cualquier abalorio supuestamente valioso por un reloj o cámara fotográfica, pero picado por la curiosidad acepté que me lo propusiera.

Y su sorprendente respuesta fue. "Usted me invita a su mesa, y yo le relato una fabulosa historia que muy poca gente conoce". Valoré lo poco que me costaría un cubierto en aquel establecimiento, contra el interés del relato de aquel individuo tan singular, cuya presencia no encontraba agobiante como la del resto de sus paisanos, sino por el contrario, interesante.

Le rogué educadamente que se sentara en mi mesa, y le pedí que me ayudara a escoger platos que no contuvieran algún condimento o producto no apto para estómagos europeos.

Cuando llegó la camarera, dirigiéndose a él de forma respetuosa, solicitó unos cuantos platos, pero dando indicaciones adicionales precisas que no pude entender en absoluto. Puedo afirmar que no estoy muy seguro de lo que me sirvieron, pero fue la comida más agradable, sabrosa y económica que realicé en el mes de vacaciones. Al llegar los primeros platos, mi huésped comenzó a comer pausada y educadamente, al mismo tiempo que iniciaba su relato, que detallo aquí con la mayor fiabilidad posible.

RELATO DEL CHAMÁN: HISTORIA DE UNGUNDA

Mucha gente piensa, que la humanidad existe por voluntad divina, como un hecho premeditado e inevitable, y no es así en absoluto, la existencia de la humanidad es fruto de muchas circunstancias e incluso casualidades, y en algún momento de su evolución, estuvo al límite de su completa

desaparición, lo cual (Me dijo mirando en torno con una sonrisa cínica) no hubiera sido en absoluto malo para el planeta.

Pero las cosas son como son, y hasta aquí hemos llegado, yo relataré el momento en que estuvimos a punto de desaparecer, es una leyenda transmitida durante docenas de generaciones por chamanes que han tenido la facultad de trascender el presente, para poder llegar en espíritu a ser espectadores de los sucesos del ayer.

Ocurrió hace muchos miles de años, la glaciación había cubierto el planeta, haciendo apenas habitables los trópicos, una extraña enfermedad que sólo afectaba a los seres humanos, pero era transmitida con gran facilidad por el aire, el agua, los insectos y los pájaros, extinguió por completo a la raza humana, hasta que el propio virus murió debido a su excesivo éxito, cuando ya no tuvo más víctimas a su alcance.

Si por suerte sobrevivía alguna persona, acababa en las fauces de los tremendos depredadores que, aislados o en manadas, habitaban por doquier.

Sólo un valle en África, por algún extraño azar, se libró de la plaga, allí sobrevivieron en muy precarias condiciones dos tribus, con apenas algunas docenas de individuos cada una.

Los dos grupos vivían uno a cada lado del río, en las cavernas naturales de las laderas rocosas, nunca peleaban entre ellos por tres razones: No había competencia por recursos ni territorio, ya que unos disponían de todo el planeta situado al norte del río y los otros del resto al sur, vivían al límite de la supervivencia, y estaban muy igualados, así que una lucha entre ellos hubiera significado la extinción de vencedores y vencidos.

Aquel invierno se presentaba durísimo pero, aunque ellos no lo supieran, con él finalizaba el período de glaciación, si conseguían pasarlo, sus posibilidades de supervivencia aumentarían notablemente.

El problema era que, durante la época de mayor frío, la recolección de vegetales comestibles y la caza de pequeños animales se reducía drásticamente y necesitaban una reserva de carne ahumada de caza mayor.

La cosa no era tan fácil, ya que, con cuatro piedras y palos, no era sencillo capturar un animal de cientos o miles de kilos de peso, con el agravante de que en cuanto se distanciaban de sus cuevas protegidas por las fogatas permanentes, no eran solamente cazadores, sino presas potenciales.

Pero había que arriesgarse, así que cada otoño aprovechando unos días de bonanza, los hombres más fuertes de cada tribu partían a una expedición de caza, de la que muchos de ellos ya no regresarían jamás.

Dado que el tiempo y el clima eran iguales para todos, resultaba normal que las dos tribus partieran río abajo a la vez, cada una por su orilla, no se estorbaban en absoluto ya que ambas disponían de millones de kilómetros cuadrados y millones de posibles presas. El problema era cazarlos y no ser cazados.

Las tribus no tenían un nombre concreto, sino que eran designadas por el de sus respectivos jefes, apenas un sonido gutural, los del norte eran la tribu de Ungunda y los del Sur la de Urku.

Una de las pocas cosas que diferenciaban ambas tribus, era la forma de elección del jefe, mientras que Ungunda había sido escogido por ser el más sabio e inteligente, Urku tenía el cargo por ser el más fuerte, valiente y feroz.

Continuaron por las orillas, hasta el punto en que la corriente era desviada por la enorme pared rocosa que formaba un imponente acantilado vertical. En la parte superior vieron las siluetas de una manada de elefantes, que se desplazaban lentamente, los observaron sin demasiado interés, ya que eran unas piezas inalcanzables, primero por el lugar elevado en que se hallaban, y en segundo lugar, porque ni todos los cazadores juntos de ambas tribus hubieran podido capturar un solo elefante sin ser diezmados.

Pero entonces ocurrió el milagro, cuando el mayor de los elefantes, un macho de más de doce toneladas se acercó al borde del acantilado para controlar el cauce inferior, este cedió ante el peso del enorme animal, que se despeñó entre una avalancha de rocas, muriendo al instante.

Aquello era providencial, doce toneladas de carne fresca a disposición de ambas tribus y sin riesgo alguno, ya que el animal yacía muerto y el resto de la manada quedaba aislada de él, en la parte superior del acantilado.

Llegaron al unísono y se miraron sin apenas creerse su propia suerte, allí había mucha más carne de la que podían necesitar, así que no tenía por qué haber conflicto.

Sin embargo, Urku, hizo gala de su belicosidad y en un tono áspero dijo: "Nosotros lo hemos visto primero, es nuestro", todos sabían que aquella afirmación era falsa y significaba casi una declaración de guerra, los cazadores más jóvenes de Ungunda enseñaron los dientes y blandieron las porras, pero Ungunda en un tono tranquilo contestó: "Si nos llevamos la trompa, os dejamos el resto del elefante".

A Urku le sorprendió la facilidad con que había ganado la partida, esperaba que le exigirían la mitad de la pieza, así que contestó: "¿Y luego no vendréis a pedir más carne?".

"No, el cuerpo es para vosotros". Una cualidad que tenía Ungunda es la de cumplir siempre lo que decía, así que Urku se apresuró a tomarle la palabra y ordenó a sus hombres que ayudarán a cortar la trompa de raíz, tal como Ungunda quería.

Como la trompa no tenía hueso alguno, fue relativamente sencillo seccionarla con las hachas y cuchillos de piedra, una vez cortada la depositaron sobre sus propias lanzas, que formaban un emparrillado en el suelo, los hombres las levantaron cada uno por un extremo y se pusieron en marcha, como si llevaran el paso de una procesión, organizados de esa forma, los diez hombres pudieron llevar con facilidad los más de trescientos kilos de carne a un paso que les permitió regresar rápidamente al conjunto de cavernas que formaban su hogar.

Cuando llevaban una pequeña distancia recorrida, oyeron los gritos de júbilo de los guerreros de Urku, que decían: "¡Nuestro jefe es el más valiente, los de Ungunda huyen como ratas cobardes dejándonos el elefante entero!".

Los más jóvenes miraron a Ungunda que caminaba a buen paso, impasible ante aquella afrenta, uno de ellos incluso temblaba de ira, pero no se atrevió a decir nada porque conocía bien la ley, y había visto aplicarla, cuestionar mínimamente la autoridad del jefe representaba una paliza brutal y el desprecio de toda la tribu. Pero en cuanto llegaron a las cavernas se excusó y se retiró al rincón alejado donde hacían sus necesidades, allí lo encontró llorando su hermano mayor: "¿Qué te pasa?, deberías estar contento, tenemos la carne que necesitábamos y por primera vez en muchos inviernos no hemos tenido muertos ni heridos en la caza".

"Tengo vergüenza, quisiera tener un jefe valiente como Urku y hartarme de comer carne, pero no me importa tanto la carne como el orgullo de tener el jefe más fuerte".

"Eres más torpe que un búfalo, sino fueras hijo de mi madre te mataría a pedradas para que lloraras por algo, si nuestro jefe fuera Urku seguramente moriríamos este invierno, porque al invierno no se le gana con piedras ni lanzas ni enseñando dientes, solo se le puede ganar siendo sabio y Ungunda lo es, gracias a eso vivirás y tendrás hijos, aunque un bruto como tú no lo merece".

"¿Así tú no crees que Ungunda sea cobarde?".

"¿Es cobarde el león cuando esquivo las aguas pantanosas?, observa lo que sucederá en los próximos días, que yo soy mayor que tú, conozco a Ungunda y sé cómo piensa".

En las cavernas, casi nadie entendió porque a pesar de que habían cazado tan pronto, Ungunda parecía tener más prisa que nunca, pero todos obedecieron.

La carne fue cortada, ahumada y guardada en el rincón más profundo de la cueva, aunque solo había trescientos kilos, no tenían desperdicio alguno, ni hueso ni nada parecido, bien administrada sería suficiente para pasar los días más duros del invierno, la piel gruesa pero flexible, era perfecta para confeccionar una especie de calzado.

Estuvieron trabajando toda la tarde y parte de la noche, cuando acabaron, el jefe dijo: "Por hoy descansad, mañana saldremos todos a recolectar toda la comida que podáis, hasta las mujeres ancianos y niños, con dos guerreros en cada grupo será bastante, habrán pocas fieras, también traeréis mucha leña y palos para estacas, porque dentro de un tiempo tendremos que resistir el peor ataque de depredadores que hayáis visto nunca, por la noche os dedicareis a tapiar con piedras todas las entradas de las cuevas menos una, la que pueda defenderse mejor".

Las palabras del jefe provocaron un escalofrío de terror en la tribu, porque sabían que no acostumbraba a equivocarse. En los siguientes días la actividad fue tan frenética, que no tuvieron tiempo de pensar en los de Urku y su elefante, no sabían exactamente porque, pero efectivamente los depredadores les dieron un respiro, que aprovecharon para recolectar más que nunca, no tardarían en averiguar el motivo.

Cuando los hombres de Urku se cansaron de danzar alrededor del elefante, gritando lo valiente que era su jefe y lo cobarde que era Ungunda, comenzaron a pensar en llevarse su presa, la verdad es que no lo tenían nada claro porque nunca habían cazado nada semejante, un búfalo, aligerado de cabeza y entrañas, podía arrastrarse, pero aquellas once toneladas que quedaban allí, para diez hombres eran inamovibles, de lo que estaban seguros es de que no se limitarían a llevarse algún trozo como habían hecho sus rivales, el elefante era suyo entero.

Urku dio varias vueltas rascándose la cabeza, era muy bueno peleando, pero allí no había ninguna lucha y pensar no era precisamente una de sus especialidades.

Finalmente, uno de los más viejos le dijo en un aparte: "Podemos hacer como con los búfalos, le vaciamos las entrañas y le cortamos la cabeza",

Urku soltó un imponente alarido y gritó la idea en forma de orden como si se le hubiera ocurrido a él mismo.

Todos se pusieron a trabajar como posesos, por fin sabían que debían hacer, pero la cabeza y entrañas de un elefante no eran las de un bisonte, la noche se echaba encima y aún no habían conseguido separarlas del cuerpo, y por los alrededores comenzaban a vislumbrarse ojos felinos. El olor de las entrañas y la sangre era como un faro que estaba atrayendo a todos los depredadores y carroñeros de la zona, la lucha sería inevitable, pero allí sí que Urku estaba en su elemento, dio órdenes secas como ladridos, y al poco rato ya tenían listas cuatro fogatas alrededor del inmenso cuerpo y formaban equipos de dos guerreros, uno apedreaba a los carroñeros más osados y otro le cubría de un ataque directo presentando una lanza al frente.

Aquella primera noche fue dramática, la oscuridad daba ánimos a los depredadores, que difícilmente eran contenidos por las hogueras. Al amanecer, varios cadáveres de hienas, y perros salvajes daban fe de la fiereza de los guerreros, pero alguno de ellos había pagado un elevado precio recibiendo heridas graves.

Urku tuvo claro que no podrían resistir demasiado en aquellas condiciones, pero no estaba dispuesto a dejarse arrebatar su presa, y menos después de haber sido ensalzado sobre los cobardes de Ungunda, por ese motivo tomó una decisión drástica, mandó al hombre más rápido y ágil a las cavernas a buscar al resto de la tribu, vendrían todos aquellos que pudieran caminar, si los guerreros podían morir por traer alimentos, también podían hacerlo los ancianos, mujeres y niños, que al fin y al cabo valían menos.

A media mañana, la aterrorizada caravana había llegado junto al elefante, fuera de las cuevas se sentían completamente desprotegidos, y aunque se alegraron de ver el inmenso cuerpo, la presencia de los depredadores a poca distancia no contribuyó a tranquilizarles.

Algunas mujeres y niños comenzaron a llorar, pero Urku dejó muy claro que tal vez las fieras mataran a alguien, pero lo que era seguro es que él mismo mataría al que no obedeciera de inmediato, todos sabían que la amenaza no era vana así que se pusieron a trabajar a un ritmo endiablado, por la tarde habían separado por completo la cabeza, las entrañas y las patas, para Urku era una cuestión de orgullo llevarse el grueso del cuerpo y no algún trozo suelto como la tribu rival.

Aunque estaban agotados, tuvieron que hacer un último esfuerzo, y empujando y estirando entre todos lograron que el inmenso corpachón rodara unos quinientos metros en dirección a sus cavernas,

Aquella noche tuvieron un cierto respiro, porque los depredadores y carroñeros tuvieron su festín con las patas y las entrañas del elefante, pero el amanecer fue mucho peor, la vista era escalofriante, los alrededores estaban tomados por el peor ejército de fieras que aquellos pobres homínidos hubieran visto jamás.

De los restos del elefante ya no quedaba nada y aquellos animales estaban considerando cuál sería su próximo festín, Urku lanzó una orden seca como un ladrido y todos se pusieron en marcha como posesos, haciendo rodar lentamente el inmenso cuerpo hasta el límite de sus fuerzas, los depredadores se pusieron en marcha tranquilamente detrás suyo, sin prisa, sabían que aquella presa no podía escapar y esperarían el momento oportuno para atacar.

Fue un viaje dantesco, tardaron dos días en arrastrar aquella mole a la entrada de su caverna, la mitad de ellos no llegaron y la otra mitad lo hicieron en un estado lamentable, la mayoría de niños desaparecieron en la noche, ya que a los depredadores que les acosaban, les era más fácil llevarse uno en sus fauces que arrancar un trozo de carne del enorme cadáver, varios ancianos cayeron de puro agotamiento sin que nadie pudiera cargar con ellos, cuando eso ocurría el grupo tenía un pequeño respiro mientras las alimañas los devoraban.

Al atardecer del segundo día, al llegar a la entrada de la cueva les esperaban dos desagradables sorpresas, la primera eran los huesos recién roídos de aquellos que habían quedado en la caverna porque no podían moverse. Allí esparcidos podían contemplarse los huesos de los ancianos junto con algún pequeño resto de los bebés, ante aquella visión, una de las madres enloqueció de dolor y se lanzó contra Urku intentando arrancarle los ojos con sus uñas. Sus rugidos de rabia se apagaron de golpe cuando el hacha de piedra del jefe quebró su cráneo, ella sabía que no tenía posibilidad alguna contra aquel guerrero feroz, tal vez fue una forma de suicidio, aquel incidente rebajó aún más la moral del grupo.

A pesar de lo dramático del suceso no pudieron pararse en contemplaciones, los depredadores les seguían de cerca, la segunda sorpresa les llegó al empujar el cuerpo del elefante hacia la entrada de la caverna, porque aquella mole no cabía por el estrecho conducto de entrada, acosados por las fieras, no tuvieron más remedio que entrar en la caverna dejando en el exterior la presa que tantos sacrificios les había costado.

No podían defenderla de ninguna forma porque heridos y extenuados como se encontraban no eran enemigo para la horda de alimañas que se habían congregado, así que tuvieron que conformarse con arrancar algunos trozos y retirarse a comerlos detrás de la fogata de la entrada.

Fue una noche de pesadilla, al dolor de las heridas se unía el provocado por la muerte de algún ser querido, no había nadie que no hubiera perdido padres, hijos, hermanos, pareja, o todo a la vez, y lo peor era que el fruto de aquel sacrificio estaba siendo devorado a pocos pasos de donde se encontraban, podían oír perfectamente los gruñidos y hasta el sonido de la carne al ser desgarrada, en aquel momento, más de uno pensó en lo inteligente que había sido Ungunda al tomar un buen trozo de carne y desaparecer con ella en la seguridad de su cueva, allí estarían tranquilamente sin haber recibido un solo arañazo.

Al día siguiente la situación no había mejorado, del cuerpo del elefante apenas quedaban los huesos y los alrededores estaban plagados de bocas insaciables repletas de colmillos afilados, parecía que se hubieran congregado todas las fieras de la zona, y tal vez era así.

Peleando con ferocidad pudieron arrancar unos restos de carne y retirarse al interior a degustarlos amargamente, dos días después sólo quedaba un enorme esqueleto a la entrada de la cueva y muchas docenas de carnívoros de todo tipo que deseaban seguir disfrutando de un banquete fácil.

Al tercer día, aprovechando que a los cavernícolas se les había acabado la leña para la fogata, los depredadores más osados penetraron en la cueva. Aunque diezmados y heridos la gente de Urku los recibió con una ferocidad inesperada.

A la inversa de lo que ocurría en el exterior, en aquel lugar los humanos tenían la ventaja, porque las fieras solo podían penetrar de una en una por el estrecho pasadizo, y al llegar a la gran sala de la caverna se encontraban rodeados, las lanzas los atravesaban, mientras piedras de gran tamaño les caían desde la cornisa superior, así murieron los animales más atrevidos, sin llegar a provocar grandes bajas, el resto se retiraron al exterior, se había producido un empate técnico, los humanos no podían salir y los depredadores no podían entrar, pero el tiempo jugaba a favor de los últimos, sin leña ni provisiones la muerte de sus presas era sólo cuestión de tiempo.

Desde la otra vertiente del valle, la tribu de Ungunda contemplaba con pena y horror los dramáticos acontecimientos. Aunque no existía ningún lazo familiar con la otra tribu, eran los únicos humanos que conocían aparte de ellos mismos y a pesar de que en alguna ocasión las relaciones habían sido tensas, su desaparición les llenaba de tristeza.

Ahora nadie ponía en entredicho la capacidad de Ungunda, y todos le miraban si cabe con mayor respeto porque sabían sin lugar a duda lo que les habría sucedido sin mediar la prudencia de su jefe.

Pasados algunos días, pudieron ver como un minúsculo grupo de supervivientes salía corriendo desesperadamente de la cueva de Urku y se dirigía hacia donde ellos se encontraban, sin duda a pedir refugio, pero no llegaron ni siquiera al río, heridos y agotados como estaban fueron presa fácil de las fieras que los acechaban.

Cuando no quedó más carne que devorar, los depredadores guiados por su fino olfato se acercaron a la caverna de Ungunda para intentar el asalto, pero allí lo tenían mucho más complicado, la entrada estaba perfectamente defendida, los guerreros en plenitud de fuerzas, si algún depredador fue lo bastante osado como para penetrar, murió sin apenas causar daños, pasando él mismo a engrosar la despensa de los defensores.

Estando pertrechados con fuego y víveres de sobras, los cavernícolas no temían al crudo invierno, así que las fieras, al cabo de un tiempo tuvieron que retirarse a sus cubiles.

El chaman hizo una pausa deliberada y con una sonrisa dijo:

Ese fue el triste final de la tribu de Urku, y la razón de que en la actualidad no exista ninguna persona con la piel de color verde.

En la historia del hombre han existido sucesos más dramáticos aún, en que ha muerto un número infinitamente mayor de gente, pero nunca ha existido otro en que perezca la mitad de la humanidad existente.

A partir de aquel invierno, la terrible glaciación comenzó a retroceder, el clima fue más benigno y aquella simiente de humanidad que constituía la tribu de Ungunda, fecundó y se extendió por todo el planeta diversificándose y dando origen a todas las razas y pueblos.

Dicen algunos de mis colegas que los dioses ancestrales que nos vistan cada cientos de miles de años, cultivan este planeta al que consideran su jardín, por eso al percibir el potencial destructivo de la humanidad activaron los recursos necesarios para la eliminación de nuestra especie, de la misma forma que echamos insecticida en la habitación donde hay cucarachas, ese fue posiblemente el origen del virus letal, pero estaban tan seguros de su completo éxito que no se quedaron el tiempo suficiente para asegurarse del resultado y así, el designio de los dioses fue torcido por la prudencia de un simple mortal.

Pensamos que somos los dueños del planeta, que nos pertenece, pero solo somos las cucarachas que proliferan en el jardín entre dos períodos vacacionales de sus verdaderos amos.

Pero el día que los dioses vuelvan a la tierra montarán en cólera al ver su jardín destrozado y sus animales prácticamente extinguidos, lo que antes era un vergel con una variedad infinita de especies, ahora es un basurero contaminado. En esa ocasión se asegurarán de que no sobrevivamos, por eso los chamanes predicamos el respeto a la naturaleza y el regreso a un modo de vida en armonía con ella, pero somos la voz que clama en el desierto y la cosa va a peor, así... Hasta que los dioses regresen.

FIN DEL RELATO DEL CHAMAN

Aquella historia me había impresionado, por un lado, porque el relato coincidía con los modernos descubrimientos que corroboraban que toda la humanidad descende de un pequeño grupo de apenas unas docenas de individuos procedentes de África, y por otro, porque sin él saberlo, la opinión del chamán coincidía con la de muchos filósofos occidentales.

Pero la diferencia es que ellos conjeturaban aquello que mi invitado parecía conocer de primera mano, así que no pude por menos que preguntarle: "¿Pero no podría ocurrir que, si los dioses tardan algunos miles de años más en regresar, tal vez hayamos avanzado tanto, que estemos tecnológicamente a su altura y les podamos hablar de tú a tú?, o incluso enfrentarnos a ellos?".

Me miró con una sonrisa irónica y dijo: "Eso mismo pensaron las cucarachas cuando aprendieron a mover unos palitos con los que golpeaban a su alrededor, pero fueron exterminadas igual sin que sus exterminadores llegaran siquiera a fijarse en esa nueva habilidad que habían adquirido".

FIN...